

JESÚS GARCÍA RODRÍGUEZ

# Deserción

## UNO

ES EXTRAÑO.

Cuando se vive el presente, el tiempo no pasa.

Es como vivir en la eternidad. Pero en realidad sí está pasando.

Es como un trampantojo.

En cierto modo el tiempo es como un efecto óptico, pero no de la vista solo, sino de nuestro ser entero.

Vivimos engañados por el presente, en el presente.

Pero la verdad es que hoy hizo una mañana preciosa, ¿verdad?

Ha sido un paseo maravilloso el que hemos dado por la dehesa.

El cielo parecía querer devorar el mundo con su luminosidad.

Al contrasol, la hierba cantaba.

Los pinos refulgían como candelabros.

¡Qué belleza tan conmovedora!

Mientras caminábamos, me ha venido una idea a la cabeza.

Me he propuesto escribir una novela.

Bueno, bueno, no te quejes.

Sé que no eres muy partidaria de estas cosas, pero tengo que hacerlo, o al menos tengo que intentarlo.

Al final puede que te acabe incluso gustando.

¿Que cuál va a ser el tema? Eso no lo sé todavía.

Supongo que hablaré de la vida, o de mi vida.

Sí, naturalmente, si hablo de mi vida también hablaré de la tuya.

El tema es lo de menos.

Lo importante aquí es el lenguaje, lo demás es accesorio.

Una novela se construye con palabras, no con temas.

Se esculpe con palabras.

No sé por qué te ríes.

Una novela no es más que un mecano de palabras.

No exactamente una escultura, pero parecido.

Sí, tú ríete, pero ya verás cuando la haya acabado.

¿Que por dónde voy a empezar? Por el principio.

Naturalmente.

No, no te preocupes, no va a ser una novela autobiográfica.

El lenguaje no tiene biografía.

Escucha: una oropéndola allí afuera.

Es preciosa, como una llamarada de oro.

Trae buena suerte, dicen, sobre todo con el dinero.

Pues sí, por supuesto, esa oropéndola también podría aparecer en mi novela, si yo quisiese.

Aunque a mí me gustan más los abejarucos, ya lo sabes.

Como los que vemos en los taludes, al atardecer, cuando paseamos junto al río.

Es el pájaro con más colores. Me recuerda a ti.

Bueno, no te enfades porque te compare con él, en el fondo es un elogio.

Ya sabes que no se me da muy bien eso.

Puede que mi novela trate de ti y de mí y de la vida en general, o bien que trate de oropéndolas y abejarucos.

Eso es lo de menos.

Lo importante es juntar palabras, juntar frases.

No lo he aprendido en ningún sitio, es pura lógica.

Una novela no es más que eso, una sucesión de frases.

Y dale con lo del argumento.

Ya se me ocurrirá algo.

Después de todo, el lenguaje ya es suficiente argumento, ¿no crees?

Ya anochece, me gusta mirar a Orión.

Yo debí ser estrella en otra existencia.

Es curioso existir. Sobre todo nacer.

Nacer es como una mutación.

Pero ¿qué éramos antes de mutar?

Decir: «Éramos nada» es una simplificación muy grosera.

Al fin y al cabo, ¿qué quiere decir nada?

Decir nada es lo mismo que decir todo, una generalización extrema y burda.

Sí, disculpa, ya conoces mi manía por filosofar.

Sí, ya sé que te aburre.

Permíteme solo que añada que en efecto la nada es nuestro hogar, pero que la nada no es nada, sino otra forma de ser.

Tú lo llamas galimatías, yo lo llamo ontología.

Casiopea está formada por cinco estrellas: Caph, Schedar, Tsih, Ksora y Segin.

Tú y yo formamos en cierto modo una nebulosa de dos estrellas.

Si hubiésemos tenido hijos, seríamos una nebulosa más grande.

No, no voy a hablar de eso.

No, tampoco voy a hablar de eso en mi novela, descuida.

Quizá nacer no sea mutar, sino emerger.

Emerger *ex nihilo*, quiero decir.

Y quizá el nacimiento sea una malformación.

Quizá emergemos de algo mejor

Sí, ya paro, no te preocupes.

No quiero aburrirte con estas cosas.

Cuando yo nací, Franco todavía estaba vivo.

De hecho murió cuando yo tenía nueve años.

Mis padres lo celebraron por todo lo alto, con los vecinos de al lado, que además de vecinos eran amigos.

Por las tardes mi casa solía oler a ropa planchada.

Todavía recuerdo el sonido de la plancha que usaba mi madre.

Mi madre odiaba planchar.

En realidad odiaba todas las tareas del hogar, odiaba ser ama de casa, como se le llamaba entonces con cierta dosis de cinismo.

Sí, ya sé que tú también las odias.

Mi madre fue educada para casarse y tener hijos, lo mismo que mi padre. Pero tú y yo ya no.

Pertenecemos a la primera generación que de forma generalizada ya no creía en eso, que ya no fue educada para eso.

Y no fue fácil tampoco, pese a lo que se crea.

Fue como avanzar por un camino que se iba creando mientras lo recorríamos, un camino completamente incierto y desconocido.

Las personas de nuestra generación fuimos los primeros en vivir sin hoja de ruta. O más bien diría: que vivimos destrozando la hoja de ruta.

Pero bueno, qué te voy a contar que no sepas, tú también eres parte de ella.

Ha habido otras generaciones a las que han llamado generaciones perdidas.

Generaciones perdidas por una guerra o por una crisis económica atroz.

Pero nuestra generación es la primera que se perdió a sí misma, que se extravió porque no tenía un camino a seguir, porque no existía camino alguno.

Porque había roto la hoja de ruta.

Era como caminar por la nieve intacta, o por un desierto desconocido.

Sí, perdona, no quiero aburrirte.

Solo decirte que yo nunca deseé formar una familia.

Como tú.

Pero todo eso ya lo sabes.

A lo mejor hablo de todo ello en mi novela.

Ya veremos.

Por de pronto, prefiero charlar aquí y ahora contigo.

Somos de la misma generación y nos entendemos.

Sí, mejor preparemos algo para cenar.

¿Unos guisantes con jamón y una tortilla de atún?

Me parece bien.

Adelante con ello.

A veces el tiempo, cerrado como el erizo de una castaña, se abre como una flor.

Esos momentos pueden ser maravillosos o pueden ser horribles.

Es como si se abriera un abismo, que a veces es de luz y a veces de oscuridad.

Está bien, no sigo con eso.

En realidad solo somos polvo de estrellas, que no es poco.

Polvo de estrellas lejanas que a lo mejor ya se han apagado.

¡Imagínate!

Dicen que muchas de las estrellas que vemos en el firmamento se han extinguido ya en el momento en que las estamos viendo.

Es el misterio del tiempo.

El trampantojo del que te hablaba antes.

Las cosas no son lo que parecen ser, sino justo su contrario.

No, no quiero deprimirte, claro que no.

Son solo reflexiones que me hago.

Sí, ya sé que no tengo que reflexionar tanto, pero no puedo evitarlo, ya me conoces.

Por supuesto también reflexiono sobre cosas bonitas.

¿Sobre cuáles?

Por ejemplo sobre el amor.

Mira, quizá la novela que voy a escribir podría ser una novela de amor.

Pienso mucho sobre el amor, podemos decir que diariamente.

Tú eres la persona a la que más he amado nunca, la que me ha enseñado a amar.

Y a recibir amor.

¿Te acuerdas de esas piedras de ámbar tan preciosas que vimos en aquel viaje que hicimos al Báltico?

Eran como oro transparente.

Pues bien, en algunas de esas piedras quedan apresados a veces animales muy pequeños.

Quedan apresados en ellas para toda la eternidad, algunos han llegado a nosotros procedentes de una época que aconteció hace muchos millones de años.

De esa forma, han llegado a nosotros ejemplares de especies extinguidas hace mucho.

Son como fotografías en piedra y en tres dimensiones.

El amor es un poco así.

Un conservarse más allá del tiempo.

Una forma de vencer al tiempo, de vencerlo de verdad.

No, no me pongo cursi.

Son reflexiones.

El amor y la muerte son los dos grandes misterios, junto con el tiempo.

O mejor habría que decir que el amor y la muerte son los dos grandes misterios del tiempo.

También pienso mucho en la muerte, claro.

Es la gran duda.

¿Que cuál es la duda?

Pues la duda es si, cuando atravesamos ese umbral...

Sí, claro, es una metáfora, el umbral de la muerte.

La duda es sí cuando atravesamos ese umbral dejamos de pertenecernos a nosotros mismos y ya no pertenecemos a nada, o bien al contrario: es entonces cuando empezamos a pertenecernos a nosotros mismos, a pertenecer de verdad a algo.

Al otro lado del espejo, lo conocido se torna abismo.

Mira: el zorzal canta su hosanna, la rosa se empingorota.

Las cosas son sin lenguaje.

El acebo destila luz, el silencio se enguirnalda.

Es como una procesión de cristal, tan delicada.

La brisa nos cotillea sus presagios, amigablemente.

Sí, perdona, estoy divagando.

A veces la mente vuela alto.

La ardilla es mi animal favorito, ya lo sabes.

Es el animal más inteligente, el más elegante y el más delicado.

Asciende con agilidad por las ramas de los pinos hasta llegar a la más alta, y allí se queda oteando, o jugando.

La mente es también a veces como una ardilla.

Sí, de acuerdo, yo hago las tortillas. Prepara tú los guisantes.

Espera que me ponga el mandil.

¿Ves aquellas ventanitas encendidas de aquella casa de enfrente?

Para mí, desde siempre, las ventanas encendidas de las casas han sido el símbolo de la felicidad.

De la felicidad y del misterio.

¿Qué vidas acontecerán en esas casas? ¿Qué pequeñas dichas, qué pequeños disgustos? ¿Cómo se desarrolla allí el tiempo?

Cuando miro una ventana encendida de noche, o una ventana abierta de día, mi imaginación vuela.

Imagino muebles, habitaciones, escenas, personas, vidas.

La novela que voy a escribir tiene que ser un poco así, como una ventanita encendida, como una ventanita abierta.

Todas las novelas lo son.

Ya, perdona que dé tanto la tabarra con ese tema, Claudia.

¿Dónde están las latas de atún en aceite? ¿En la despensa?

Esta mañana, mientras paseábamos, me fijé en especial en un álamo.

Un álamo blanco alto, grande, precioso.

Le temblaban las hojillas como si fuera un vestido de lentejuelas.

Es increíble la paciencia con la que las cosas persisten en ser lo que son.

Eso es lo que pensé mientras miraba al álamo.

El álamo tiene la paciencia de ser álamo.

No, no son tonterías, es más importante de lo que parece.

Nos va la vida en ello, pero no le damos importancia.

Es parte del espejismo.

El trampantojo creo que lo llamé antes.

Estos huevos son extraordinarios, se nota.

Leí una vez un cuento muy breve, no recuerdo quién lo escribió.

Seguramente ni siquiera era un escritor conocido.

El cuento era más o menos así:

Unos beduinos caminan por el desierto. Están agotados y sedientos.

De pronto, a lo lejos, ven un oasis.

Se trata de un espejismo.

Engañados, los beduinos corren hacia el oasis, sedientos, locos de alegría.

Pero obviamente no llegan nunca al oasis.

Decepcionados, continúan su marcha.

No saben que el desierto es otro espejismo.

¿Qué te parece?

Me alegro de que te haya gustado el cuento.

Es un cuento filosófico, por decirlo así.

Sí, ya puse la mesa hace rato.

Las tortillas ya están listas. ¿Los guisantes también? Pues entonces a la mesa.

Ya hay allí pan y agua.

Ese cuento me recuerda a otro que creo que también te puede gustar.

Jajaja, no, no voy a hacer como Sherezade.

Tampoco tú vas a cortarme la cabeza, ¿verdad?

Con esto tengo suficiente, gracias. Sírvete tú.

Tienen muy buena pinta estos guisantes.

Sí, el cuento.

Es sobre un poeta persa.

Ignoro su nombre, o no lo recuerdo.

El poeta persa le escribe un día a su amada, en un poema, que por las noches, cuando duerme, sueña con ella y con sus hombros relucientes.

Sí, claro, ¡es un poeta!

Y al día siguiente el poeta persa le escribe a su amada, en otro poema, que de día, cuando está junto a ella, también la sueña, sin saberlo.